

Domingo 31º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 23,1-12

Con una dureza inusitada se dirigió Jesús un día a las personas más dignas de su tiempo, los fariseos; mucho arriesgaba hablando así en público de cuantos eran considerados no sólo buena gente sino también excelentes guías del pueblo. Sus palabras nos ofrecen hoy una doble enseñanza que, si nos impresiona por su dureza y radicalismo, tiene la ventaja de acercarnos con mayor inmediatez a cuanto Jesús quería, la búsqueda de Dios sobre todas las cosas, y a cuanto él más odiaba, la simulación y el engaño en la vida creyente. Una severa advertencia son para quienes, como nosotros, queremos ser vistos como buenos.

En el ataque más duro que Jesús haya podido pronunciar contra las autoridades religiosas de su tiempo, el evangelista recoge, con inusitado acierto, una devastadora crítica de la hipocresía, una actitud que suelen vivir, aun sin saberlo, los mejores de siempre, y en todos los lados. Jesús no es ingenuo: aunque critica que no hagan cuanto dicen, no los desautoriza lo suficiente como para que no se tenga que hacer cuanto enseñan. A los buenos les gusta parecerlo. Y con la mejor voluntad, piensa Jesús, se travisten, buscan honores y ser reconocidos en público. La comunidad cristiana debe evitar la apariencia sin huir de la bondad; puesto que todos son hermanos, ya que sólo hay un Padre, siendo todos discípulos, porque sólo uno es el maestro, la comunidad cristiana ha de ser fraterna e igualitario. Quien en ella piense en ser algo que se ponga a servir. No hace falta mucha imaginación para vernos encausados, si es que no condenados, por las palabras de Jesús. En su tiempo pudieron ser otros los buenos que rechazaron la salvación; hoy somos nosotros los fariseos.

En aquel tiempo, ¹Jesús habló a la gente y a sus discípulos, diciendo:

²*«En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: ³haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen.*

⁴*Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar.*

⁵*Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; ⁶les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; ⁷que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros.*

⁸*Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos.*

⁹*Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo.*

¹⁰*No os dejéis llamar consejeros, porque uno solo es vuestro consejero, Cristo.*

¹¹*El primero entre vosotros será vuestro servidor.*

¹²*El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Después de haberse empleado a fondo en agria polémica con los grupos que lideran el judaísmo y reducirlos al silencio (Mt 22,15-46), Jesús se dirige ahora al pueblo y a sus discípulos por igual. Llama la atención que ahora el discurso, todo un capítulo (Mt 23), sea una inesperada y durísima invectiva contra los fariseos, en particular. Es probable que Mateo haya recogido aquí sentencias de Jesús para atajar mejor el conflicto que su comunidad mantenía con el judaísmo de su tiempo, de inspiración farisaica. El evangelista pone así en boca de Jesús el juicio que le merece Israel.

Nuestro texto tiene dos partes, señaladas por el cambio de pronombre personal (*ellos*: 23,1-6; *vosotros*: 23,7-11), y se cierra con una breve sentencia (23,12), genérica y conocida que aporta la clave de interpretación de todo el párrafo. La primera parte es un retrato, nada complaciente, de quienes lideran al pueblo: aunque Jesús reconozca su autoridad (*sentados en la cátedra de Moisés*) y su acertada interpretación legal (*haced y cumplid lo que os digan*), les achaca incoherencia radical (*no hacen lo que dicen*) y la búsqueda de sí mismos (*lo hacen para ser vistos*). Precisamente porque son legítimos maestros, su forma de vivir los condena sin apelación: no viven lo que enseñan y enseñan para vivir mejor.

Cuando Jesús se dirige al pueblo y a sus discípulos, es significativo que no toque el tema de la enseñanza de la ley y de su práctica, pues a ninguno de los dos compete sentarse en la cátedra de Moisés. A *vosotros*, la comunidad cristiana, pide Jesús ser hermanos entre sí, solo hijos de Dios y siempre discípulos de Cristo. En la comunidad de Cristo el que va primero va primero a servir; servir a todos es vía segura de enaltecimiento.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Dirigiéndose a la gente que le escucha y a sus discípulos, Jesús critica las autoridades religiosas de su tiempo: la cátedra de Moisés, el lugar desde donde se debe enseñar la ley de Dios, está ocupada por personas que enseñan lo que no practican e imponen unas normas que ellos no siguen. Jesús no desautoriza la autoridad con que explicaban al pueblo la voluntad de Dios; les echa en cara que no vivan como exigen a los demás. A Jesús le subleva su incoherencia,

el doble juego: saben bien lo que manda Dios, pero hacen como si se lo mandara sólo a los demás; creen que por ser ya maestros de la ley, no tienen por qué ser siervos de Dios.

No aguanta Jesús que quien mejor conoce la voluntad de Dios, sea quien peor la sigue; no entiende que quien puede explicar lo que Dios pide, se escude en que no se lo pide a él, o no ahora. A la denuncia de semejante hipocresía, añade otra, no menos punzante: los que se creen buenos suelen también ir de 'guapos' por la vida. Todo el esfuerzo por obedecer a Dios que se ahorran, lo invierten en aparecer como obedientes; ya que no son buenos por dentro, en su corazón y en sus intenciones, por lo menos lo aparentan en público. Lo que más rebelaba a Jesús era, precisamente, que utilizaran sus ejercicios de piedad para medrar ante la gente, que utilizaran su vida de fe para hacer carrera en la vida.

Mal haríamos si pensáramos que así de malos eran solo los buenos en tiempos de Jesús, o si identificáramos a los hipócritas con los que hoy nos son superiores o nos parecen mejores. Jesús habló de los fariseos al pueblo y a sus discípulos para prevenirles contra su actitud, no contra sus personas. Además, los fariseos eran personas auténticamente religiosas, buenas de verdad, que estaban decididos a vivir su fe con sinceridad y sin excepciones, a diario. Si algo les sobraba era buena voluntad.

El caso es que para Jesús no basta. Y nos lo advierte a todos nosotros hoy: para ser bueno no basta con desearlo, con decirlo, con proponérselo, con mostrarlo, con aparentarlo. Hay que empezar a hacer algo de cuanto se quiere ser, sin que importe mucho si lo logramos del todo. No se contenta Jesús con que los suyos aparenten bondad, si no la tienen o no la buscan; sus discípulos deben hacer lo que saben es querido por Dios, sin servirse de su práctica para ser queridos de los hombres.

Buscar el agrado, el aprecio, la aceptación de los hombres, mientras se obedece a Dios, significaría perderle el respeto a Él y perdernos a nosotros mismos. Quien saca provecho de su piedad, no se merece a Dios. No es buen servicio aquel que consigue un salario indebido: aprovecharse de Dios y de su culto para recibir parabienes y elogio, sería hipocresía. Si no vivimos la fe de la que hablamos, sería más coherente callarse. ¿Y no es ése precisamente el ejemplo que estamos dando los cristianos en nuestra sociedad? ¿No nos dedicamos – ¡con envidiable perseverancia! - a decirles a los demás cómo deberían ser, sin consentirles que nos digan siquiera cómo nos quisieran, cómo nos desearían, por ser cristianos?

Pues bien, si no dejamos que los otros nos digan cómo nos ven, permitamos, al menos, que Jesús nos recuerde cómo nos quiere. A sus discípulos Jesús los quiere hermanados siempre, sin alimentar sentimientos de superioridad ni arrogarse dignidades especiales, por más buenos que sean. Y ello, no tanto porque todos seamos iguales, sino porque todos somos, a sus ojos y en su corazón, discípulos suyos e hijos de su Padre. Decisivo no es lo que queremos ser nosotros, sino cómo nos mira Dios.

Siendo uno solo el maestro, todo el que more junto a él será, a lo sumo, aprendiz y condiscípulo. Lo primero que enseña Jesús a sus discípulos es a saberse hermano de quien aprende junto a él y con él comparte maestro y doctrina. No son, pues, los derechos humanos lo que nos hace a los cristianos iguales unos de otros, con idénticos privilegios y pareja responsabilidad: la igualdad cristiana se basa en el aprendizaje común junto a Cristo y en la paternidad universal de nuestro Dios.

No es ninguna maravilla que, en un mundo donde se exige cada vez con más impaciencia la igualdad y se sueña aún con la fraternidad universal, se nos queden tan lejanas esas metas: una sociedad que no aprende de Jesús, por fuerza no puede ser más fraterna; un mundo, que no considera Padre a Dios, no logrará sentirse reconciliado y humano. Cuanto más alejados estamos de la enseñanza de Jesús, menos hermanos nos sabemos unos de los otros, más irresponsables nos hacemos unos de otros. Abandonada su escuela, cuando su doctrina se está volviendo insignificante en nuestra sociedad, no logramos sentirnos hermanos de nuestro prójimo ni hijos de nuestro Dios. Donde hay un padre reconocido y amado, allí surgen hijos amados y reconocidos. Esa es la diferencia entre la enseñanza de Jesús y la que cualquier otra autoridad, por buena o legítima que sea. Quien tiene a Jesús por maestro exclusivo, quien acepta únicamente su doctrina, descubrirá que Dios tiene tantos hijos y él tiene tantos hermanos como condiscípulos tiene en la escuela de Jesús.

Una forma, pues, eficaz de hacer este mundo más humano y fraterno es hacernos discípulos auténticos de Cristo. A pesar de que aparentemos ser buena gente, - en realidad, no es que seamos tan malos -, nos falta lo más importante: tomar en serio a Jesús como maestro y a Dios como Padre.

Si queremos que no nos alcance la crítica de Jesús, no persistamos en aparecer como buenos, no nos creamos que ya sabemos todo lo que debemos hacer y cuanto podemos imponer a los demás: sepámonos hijos de nuestro Dios y oyentes de Jesús. En la casa de Dios, en el entorno de Jesús, la grandeza mayor la obtiene quien mejor sirve a los demás, no quien los enseña. Quien busca en el prójimo al hermano, y no honores y privilegios para sí; quien se pone a hacer lo que va a exigir de los demás; quien esconde el bien que hace, y no teme que se vea lo mal que lo hace..., ése aprende de Jesús y tiene su Padre en Dios. A sus discípulos Jesús les ha ahorrado la vergüenza, si no son tan buenos, de la misma forma que les ha prohibido el orgullo por no ser muy malos. Pero les exige atención y obediencia: no pueden los cristianos ir dándose las de buenos, porque saben que bueno sólo es Dios. Andar tras honores y privilegios, cuando lo único necesario es Dios y su reino, supondría extraviar camino y malgastar la vida.